



**Universitat de les
Illes Balears**

Facultad de Educación

Memoria del Trabajo de Fin de Grado

LA LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL Y SU RELACIÓN CON LAS EMOCIONES

Mónica Palomino Gómez

Grado de Educación Primaria

Año académico 2019-20

DNI del alumno: 43223737K

Trabajo tutelado por Juan Miguel Monterrubio
Departamento de Filología Española

S'autoritza la Universitat a incloure aquest treball en el Repositori Institucional per a la seva consulta en accés obert i difusió en línia, amb finalitats exclusivament acadèmiques i d'investigació	Autor		Tutor	
	Sí	No	Sí	No
	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>

Resumen

El presente trabajo se ha elaborado con la intención de investigar la literatura infantil y juvenil y su posible relación con las emociones. Centrándonos en aspectos como la evolución de la literatura, la temática que narran las historias y los destinatarios a los que van dirigidos, hemos planteado algunas cuestiones, que gracias a algunos autores hemos conseguido responder. ¿Deberían clasificarse las lecturas infantiles por edades? ¿Debemos contar al adulto como público de la Literatura infantil y juvenil?

La literatura ha logrado grandes avances a lo largo de los siglos y ahora podemos agradecer que haya tanto material al alcance de los niños y jóvenes con el que pueden adquirir nuevos conocimientos y desarrollar una empatía hacia los personajes. Esta evolución logrará que comprendan sus propias emociones, así como las de los que les rodean, consiguiendo una mentalidad inclusiva.

Palabras clave: Literatura infantil y juvenil, emociones, niño, joven

Abstract

This work has been prepared with the intention of investigating children's and youth literature and its possible relationship with emotions. Focusing on aspects such as the evolution of literature, the theme that the stories narrate and the intended audience, we have raised some questions, which thanks to some authors we have managed to answer. Should children's reading be classified by age? Should we count the adult as an audience for children's and youth literature?

Literature has made great strides over the centuries and we can now thank that there is so much material available to children and young people with which they can acquire new knowledge and develop an empathy towards the characters. This evolution will make them understand their own emotions, as well as those of those around them, achieving an inclusive mindset.

Keywords: Children and youth literature, emotions, child, youth

Índice

	Página
1. Introducción	5
2. Objetivos	6
3. Metodología utilizada	7
4. Estructura y desarrollo de los contenidos	8
4.1. La evolución de la literatura infantil y juvenil (LIJ)	8
4.2. El concepto de la literatura infantil y juvenil	10
4.2.1. ¿Es correcto separar la Literatura Infantil y Juvenil en dos categorías separadas y diferentes?	10
4.2.2. ¿Deben clasificarse las lecturas infantiles por edades?	12
4.2.3. ¿Debemos considerar la Literatura juvenil como una literatura alejada de la Literatura infantil?	13
4.2.4. ¿Debemos contar al adulto como público de la Literatura infantil y juvenil?	15
4.2.5. ¿Debemos controlar lo que leen los niños?	16
4.3. La literatura transmite emociones	17
4.4. Las emociones en las personas	19
4.5. La importancia de las emociones	21
5. Conclusiones	23
6. Referencias bibliográficas	24

1. Introducción

Antiguamente la manera en la que se transmitían las historias infantiles como canciones, cuentos o poemas era de manera oral, siendo los adultos los encargados de dicha transmisión, por lo que se convertían en mediadores entre la literatura y los infantes. Los niños no pertenecían a una clase especial concreta, sino que dependían de los adultos y de su clase social para aprender nuevos conocimientos y admirar la literatura de aquellos tiempos. De esta manera, confirmamos que no existía un tipo de literatura propia para el público infantil.

Gracias a la aparición y evolución de la imprenta y las editoriales apareció una literatura especial y concreta para niños, ya que poco a poco se fueron creando espacios propios para los niños adaptados según su comprensión y lenguaje. Teniendo en cuenta las aportaciones de varios pedagogos el concepto de niño cambió y su importancia en la familia también. Pasó de ser un objeto para ayudar a amenizar el trabajo a ser un ser alguien al que no hay que corromper para así mantener su inocencia.

Por otra parte, centrándonos en el concepto de literatura infantil, hay que distinguir entre Literatura general y Literatura Infantil y Juvenil, pues ha habido diversas críticas sobre si unificar el concepto y que todo sea literatura general o separarlo para crear un nuevo concepto en el que el destinatario sea un público joven. La diferencia más importante que podemos encontrar es a quién va dirigida cada una: la primera, va dirigida a un igual, de adulto a adulto, por lo que el escritor y el lector comparten un mismo contexto; sin embargo, en la segunda sabemos que es un adulto el que escribe a un niño lector, utilizando un lenguaje más apropiado para su edad. El lenguaje utilizado en cada categoría no es el mismo, a mayor edad más complejo se vuelve y más temas trata.

Con los años, la Literatura Infantil y Juvenil ha adquirido una gran dependencia de la educación, de la sociedad y de lo que se pueda o no contar en estas historias. Este hecho ha afectado a los temas que se tratan, pues hay algunos de ellos que como no nos parecen correctos, éticos o incluso algo que debiera conocer un niño se los ocultamos o endulzamos a los niños, algunos como la muerte, las enfermedades, la corrupción, la violencia, etc. No debemos ocultárselo, ya que ellos también viven en el mismo mundo que nosotros, viven la misma realidad y en el mismo contexto que los adultos (más cercanos). Por lo que la realidad que les contamos es una mentira. Hoy en día ellos

mismos pueden observar lo que pasa a su alrededor y en el mundo en el que viven y juzgar por sí mismos lo que les puede parecer adecuado o inadecuado. Esto mismo ocurre con la literatura, pues hay adultos que seleccionan las lecturas que deben leer los niños puesto que algunas tratan temas que “no nos parecen correctos” para ellos y se los omitimos. Pero los niños ya son capaces de seleccionar por sí mismos las lecturas que quieran leer. De esta manera, mostrando el mundo tal y como es, manteniendo su esencia, procuraremos que aprendan de lo que ocurre.

También ha habido polémica sobre si la Literatura Juvenil debería incluirse al concepto de Literatura Infantil y Juvenil. El público juvenil “se encuentra en tierra de nadie social, pues son adultos para ciertos casos y niños para otros. Muchos son ya adultos para elegir y leer con autonomía” (Kohan, 2003: 23). Como podemos observar hay un gran dilema sobre a quién va dirigida este tipo de literatura: niños grandes, jóvenes adultos... Pero lo que sí tenemos claro es que todo depende del interés del lector. De esta manera el objetivo de esta literatura es conmover al lector.

Ya sabemos que los libros son puertas a otros mundos y que nos enseñan y transmiten valores y nuevos conocimientos. Para ello, vamos a utilizar la literatura y su objetivo de conmover para despertar en nuestros pequeños la capacidad de comprender las emociones de uno mismo y de los demás. A partir de lo que vean o lo que vivan, aparecerán en ellos emociones que tal vez ya conocían o que sean nuevas; en cualquiera de los casos deberemos guiarlos para que las conozcan y usarlas para evolucionar como personas. Gracias a esto los niños se desarrollarán al completo, conociéndose a ellos mismos, a los de su entorno y el mundo en el que viven.

2. Objetivos

El presente trabajo presenta diversos objetivos que se pretenden cumplir a lo largo del trabajo mostrando un punto de vista propio y crítico a partir de argumentos científicos de autores consultados:

- Mostrar la evolución de la Literatura Infantil y Juvenil.
- Mostrar el vínculo que hay entre la Literatura Infantil y la Literatura Juvenil por separado.

- Resaltar la necesidad de tener una única Literatura Infantil y Juvenil.
- Utilizar la categorización por edades de la Literatura Infantil y Juvenil como orientación para seleccionar un libro.
- Conocer el papel que tiene el adulto en la Literatura Infantil y Juvenil y sus diferentes maneras de intervención.
- Tratar la universalidad de temas en la Literatura Infantil y Juvenil para transmitir la realidad del mundo que nos rodea.
- Relacionar la literatura con las emociones.
- Buscar relaciones de semejanza entre los personajes de las lecturas y los propios lectores para así despertar en ellos diversas emociones.
- Definir el concepto de emoción.
- Conocer la importancia de las emociones en las personas y su implicación en nuestro día a día.
- Conocer la importancia de la empatía para comprender las emociones propias y ajenas.

3. Metodología utilizada

El presente trabajo es un estado de la cuestión, por lo que a partir de un tema concreto se ha ido redactando de manera referenciada la información más relevante respetando el hilo conductor.

Primero, se ha seleccionado el tema del cual vamos a buscar información. Preparando algunos apartados que nos gustaría tratar o preguntas que nos gustaría responder acerca del tema seleccionado.

Después, se ha realizado una búsqueda exhaustiva de diferentes lecturas y revistas que se utilizarán como referencia para realizar dicho trabajo. No todas las lecturas consultadas han sido utilizadas, ya que no eran útiles ni iban acorde con el tema.

A partir de lo extraído en el apartado anterior se ha redactado un elaborado marco teórico, teniendo en cuenta los objetivos del trabajo y manteniendo el tema como hilo conductor.

A continuación, en los apartados subsiguientes, se trata de responder, a partir de las citas bibliográficas, a las preguntas, lo que permite profundizar mejor en los conceptos examinados.

Finalmente, realizaremos una conclusión que resuma todo lo plasmado anteriormente, dando nuevas ideas y respondiendo las preguntas brevemente.

4. Desarrollo de los contenidos

4.1.La evolución de la literatura infantil y juvenil

“La edad no es criterio de diferenciación”

(López, 1990: 15)

El concepto de literatura infantil y juvenil ha ido evolucionando con el paso de los años. Antes del siglo XIX no existía dicho concepto, ya que las personas guardaban en la memoria las “historias y leyendas que se transmitían de generación en generación” (Cerrillo, 2007: 9), haciendo que el niño se mantuviera pendiente de los narradores. Pues “la historia de la infancia nos dice que el niño oyó y leyó siempre lo que el mundo adulto oía y leía” (López, 1990:14), utilizando de esta manera un adulto como referente para aprender.

Antiguamente, el niño era tratado bruscamente con tal de que aprendiera cuanto antes el oficio y pasar a trabajar como un adulto lo más rápido posible. No eran tratados como infantes y tampoco tenían acceso a una literatura apta para ellos, tanto a nivel educativo como social, cultural o económico. En la Edad Media comenzaron a escribirse libros para los hijos de las clases nobles. Era un público infantil concreto cuyos libros contaban con un interés moral o didáctico. Durante siglos se mantuvo esta literatura privada, en la que sólo podían leer los miembros de las clases superiores o con conocimientos sobre la lectura.

La transmisión oral de las historias se vio afectada por la imprenta, la cual “fue desterrando al rincón de la infancia la palabra contada y desarrolló el conocimiento por los ojos, la lectura” (López, 1990:113). Antes se imprimían libros con otra metodología más rudimentaria y lenta, hasta que apareció la imprenta popular. Como se consiguió

ampliar el número de libros impresos había más libros al alcance de los niños, aunque no todos ellos supiesen leer. Este fenómeno pudo mantener la tradición oral y continuar con su transmisión, ya que se recogieron por escrito para que perdurasen en el tiempo.

En el siglo XVIII, época de la Ilustración, el concepto de niño evolucionó, pasando de ser un trabajador como los adultos a considerarlo como un ser puro. Un infante al que mantener su inocencia. “Tanto Rousseau como Locke construyeron un mito relacionado con lo natural del lenguaje y lo natural del ser humano antes de ser corrompido por la sociedad” (López, Encabo y Jerez, 2013: 253). Fue entonces cuando el niño comenzó a adquirir importancia en la familia, pasando a ser el centro de ella, debiendo cuidarlo y alejarlo de la sociedad que lo corrompe. Desde entonces, la familia se encargaba de mantener la inocencia del pequeño.

Rousseau, en el Emilio, sentó las bases ideológicas y educativas de aquella infancia. La consideración de la infancia como un periodo diferenciado en la vida de la persona, que requería una educación específica, supuso que se escribieran y editaran libros para niños. (Cerrillo, 2016: 35)

Es decir, la infancia es un periodo muy importante en la vida de un niño, ya que es en esta cuando se aprenden los valores necesarios para mejorar como persona. Con esta idea en mente se comenzaron a editar libros que trataban historias maravillosas, fantásticas o de ciencia ficción, para así “desarrollar la imaginación de los pequeños lectores” (Cerrillo, 2016: 35). La imaginación es importante porque consigue resolver muchos de los problemas que se nos plantean día a día.

En el siglo XIX, aparecieron “los primeros grandes autores de libros infantiles (los hermanos Grimm y Andersen)” (Cerrillo, 2016: 33). Y los niños y jóvenes comenzaron a considerarse lectores independientes, debido al gran desarrollo y evolución por parte de las escuelas, que junto con las clases sociales altas influyeron mayoritariamente en la publicación y selección de libros para este público, con el fin de instruir al niño y elegir qué temas se iban a tratar. Teniendo en cuenta que no todos eran apropiados para mantener la pureza innata de los más jóvenes. A mediados de siglo, junto con el Realismo, aparecieron nuevos intereses en las temáticas que tratarían los libros infantiles:

- las fábulas a partir de la cultura oriental;

- temas sociales, destacando a las clases dominantes con los niños como protagonistas;
- críticas sociales, ironía y rebeldía;
- interés científico.

Otra de las novedades que se llevaron a cabo pocos años después fue la aparición del primer libro ilustrado moderno con el objetivo de entretener y no el de enseñar. Destacando su gran mejora, el cambio de objetivos, para así dejar atrás la influencia de las escuelas y editoriales y centrarse más en el público lector. A mediados del siglo XX apareció una nueva visión de las obras en las que la realidad se fundiese con lo imaginario. De esta manera, la “convivencia de realidad e imaginación, y (...) el juego con el lenguaje, como una excelente forma de expresión del mundo infantil (...), propiciaron el feliz inicio de un camino propio en la LIJ de todo el mundo” (Cerrillo, 2016: 37).

4.2. Concepto de literatura infantil y juvenil (LIJ)

“Solo cuando confluye el texto adecuado, el momento adecuado, la sensibilidad adecuada, la lectura es experiencia”
(Larrosa, 2003: 39-40; *apud* Sanjuán, 2011: 94)

Como hemos observado el concepto de Literatura Infantil y Juvenil ha sufrido muchos cambios y muchas críticas a lo largo del tiempo, tanto por la evolución del concepto del niño como por la cuestión sobre a quién va dirigida expresamente la obra. Otra crítica destacable han sido a los temas que se pueden o no tratar en la literatura para niños, siendo muy controlada política y editorialmente. A partir de todos los cambios producidos en el concepto de Literatura Infantil y Juvenil nos planteamos diferentes cuestiones que pretendemos resolver con argumentos propios acompañados con argumentos de otros autores. ¿Sería correcto separar la Literatura Infantil y Juvenil en dos categorías separadas y diferentes? ¿Deberían clasificarse las lecturas infantiles por edades? ¿Debemos contar al adulto como público de la Literatura infantil y juvenil? ¿Debemos considerar la Literatura juvenil como una literatura alejada de la Literatura infantil? ¿Debemos controlar lo que leen los niños?

4.2.1. ¿Es correcto separar la Literatura Infantil y Juvenil en dos categorías separadas y diferentes?

A veces, nos encontramos con autores como Mínguez (2015) que defienden la indivisibilidad de la literatura aceptando un concepto único en el que toda la literatura queda recogida en una Literatura general. Destacando comentarios del autor en el que piensa que “la literatura es una y debe estar abierta a todo tipo de lectores” (Mínguez, 2015: 97), porque si nos cerramos poniendo etiquetas a los libros sobre si son aptos o no para niños lo único que conseguiremos es negar dicha Literatura a los niños. Pero, como bien sabemos, un niño no está capacitado para comprender cualquier tipo de texto. Es decir, el nivel lingüístico y literario se encuentra muy por encima del propio nivel del niño. Por este motivo, debemos presentarle al niño una serie de obras adecuadas a su nivel lingüístico y literario consiguiendo un aprendizaje gradual tanto en la literatura como en lectura.

De esta manera y, teniendo en cuenta las aportaciones de Mínguez (2015) anteriormente comentadas y la idea de que puede haber obras de adultos no adecuadas para jóvenes, la respuesta a la pregunta propuesta es negativa. Es decir, no sería correcto separar la Literatura Infantil y Juvenil en dos categorías diferentes. Aunque se hayan estudiado de manera separada y criticado dicha unión, cuentan con varios aspectos y características que las unen. Ambas literaturas tratan un intervalo de edad próximo a la infancia pero que resulta ambiguo, por lo que no podemos definir en qué momento se deja de ser niño y en cual se comienza a ser joven. A pesar de que “el adjetivo calificativo de su denominación [infantil] nos adentra en un intervalo concreto, el de la infancia [pero] con término casi en la juventud” (López, Hernández y Jerez, 2017: 2), no se nos proporciona un límite de edad específico en el que se especifique si puedes entrar o salir de dicha literatura. Esta delimitación sería una idea poco inclusiva. Es decir, no se deben cerrar las puertas a lectores de otras edades, por lo que cualquier persona o lector con interés por la lectura puede leer cualquier libro, tanto de esta categoría, tenga la edad que tenga. Siempre y cuando sean conscientes del mundo en el que se adentran. Incluso “los adultos (...) disfrutan esta literatura por lo que la restricción al espacio infantil [únicamente] deja de tener un claro fundamento” (López, Hernández y Jerez, 2017: 2).

No debemos dejarnos influenciar por “la tendencia a considerar la literatura infantil y/o juvenil básicamente por lo que tiene de infantil o de juvenil, [ya que] es un peligro, porque parte de ideas preconcebidas sobre lo que es un niño y un joven” (Andrueto, 2004: 36; *apud* López, Hernández y Jerez, 2017: 5), lo cual nos situaría en la cuerda floja por intentar dar forma a un único ser que coincida con el concepto de niño o joven, sin tener

en cuenta las diferentes cualidades de cada uno de ellos. Se crearía un falso canon del niño, definiendo sus características. Cada persona posee unas cualidades positivas y negativas, así como un nivel intelectual propio; es decir, la manera de ser de cada niño se ve influido por demasiadas variables que lo definen y le hacen ser quien es. Por lo que no podemos definir dicho canon ni el concepto de infante o joven. No podemos decir quien sí es un niño y quien no. No debemos cegarnos en unas características concretas definidas por personas que no tienen en cuenta la esencia de cada persona.

Podemos encontrarnos con niños y jóvenes capaces de leer obras complejas para su edad, con interés por la lectura, disfrutando de los libros guiándose únicamente por su propio interés a la hora de seleccionar cuál va a leer. Ya sea para “mayores” como para “más pequeños”, refiriéndonos a las categorías delimitadas por las editoriales, las cuales defienden que es para facilitar su publicación y ayudar a los compradores en la búsqueda de la obra adecuada. No importa la edad ni la categoría en la que estén situadas las obras porque no se va a tener en cuenta si nosotros nos guiamos por nuestro propio interés. Nosotros mismos somos capaces de reconocer qué nos gusta y qué está a nuestro alcance, literariamente hablando. En este punto, nos planteamos la siguiente cuestión relacionada con las edades a las que van dirigidas los libros infantiles y juveniles.

4.2.2. ¿Deben clasificarse las lecturas infantiles por edades?

La respuesta a esta pregunta es no. Teniendo en cuenta que la literatura infantil es “importante para el desarrollo psicológico y emocional de los niños” (Alvstad y Johnsen, 2014: 12), debemos resaltar que este desarrollo sea gradual. Y a partir de esta idea, lógicamente deberíamos mostrarle al niño obras adecuadas a él y poco a poco aumentar su dificultad. De esta manera no nos centraríamos en sus intereses, sino en su nivel lingüístico. Por lo que un niño de cualquier edad debe ser capaz de seleccionar por él mismo la lectura que más le motive.

Sabemos que la definición de Literatura Infantil y Juvenil “tiene que soportar el peso de una excesiva escolarización (...) despreciando la relación de gratuidad que es obligatoria entre el lector y la obra literaria” (Cerrillo, 2016: 40). Hace algunos años, el poder de las editoriales y sus propuestas centradas en la venta masiva de libros *aptos* para los niños afectaba a la selección de la obra. Eran libros que no cumplían los estándares de la

literatura porque se centraban en la didáctica antes que en la propia literatura. Pretendían enseñar antes que entretener.

La idea de que un libro sea *apto* o *no apto* hace referencia al contenido presente en las lecturas, clasificadas por edades porque de esta manera los niños se iban enfrentando a las realidades del mundo de manera progresiva para así no quedar atormentados al encontrarse con algún tema complicado de comprender. Estos temas son los que categorizan las obras por edades, pues si eres un niño de 6 años recomiendan que sean libros cortos “basados en las aventuras que viven uno o dos héroes” (Kohan, 2003: 21), cuya historia siempre tiene un final feliz. A partir de los 8 años los temas van sobre aventuras, miedo, grupos de amigos y detectives, o “las historias de la vida real que tratan los conflictos de la familia, la escuela, los deportes” (Kohan, 2003: 22) junto con mitos e historias fantásticas. A partir de los 12 años los temas cambian poco pues tratan “la amistad, el primer amor, los problemas del entorno social” (Kohan, 2003: 22), también el suspense, el peligro, ciencia ficción, poesía y teatro.

El hecho de “clasificar por edades estrictas los libros para jóvenes y/o adolescentes puede ser una forma de establecer un orden no siempre real” (Kohan, 2003: 23). No es una obligación que con 8 años o más las historias que leas traten sobre aventuras o miedo. Lo verdaderamente importante es qué te gustaría leer. ¿Sobre qué te gustaría que tratara la historia que vas a leer? Deberíamos partir de aquí, de sus intereses, pues son lo más importante a la hora de seleccionar una historia.

Como hemos comentado anteriormente, hoy en día debemos centrarnos en que los libros también deben ser interesantes para nuestros niños, sin importar la edad que tengan o la edad a la que vaya dirigido el libro. Pues incluso “los más pequeños pueden gozar de una obra de arte que no haya sido creada para ellos” (López, Hernández y Jerez, 2017: 4), pero que les transporta a mundos interesantes y a experiencias únicas que lo motiven a continuar leyendo, puesto que “muchos niños leen por el puro placer de la lectura” (Alvstad y Johnsen, 2014: 12).

4.2.3. ¿Debemos considerar la Literatura juvenil como una literatura alejada de la Literatura infantil?

Antiguamente existía un único concepto de Literatura Infantil que incluía a los niños hasta 14 años y, según García (1998) más tarde apareció el concepto de Literatura Juvenil para

romper con la idea de una única literatura para un rango de edad más amplio. Considerando este intervalo de manera inclusiva para los diferentes gustos y necesidades de cada persona.

El concepto de Literatura juvenil ha sufrido varias críticas al verse como una literatura independiente.

La literatura juvenil ha salido ya de su minoría de edad, ha ensanchado su espacio vital, se articula en filones y sectores, comprende desde los cuadernos para los más chicos, pasando por los libros espléndidamente ilustrados para niños, hasta las lecturas en volumen y en periódico para adolescentes, nutre y se nutre de aportaciones ofrecidas por las modernas técnicas audiovisuales y llega hasta la divulgación científica verdadera y propiamente tal. (Petrini, 1963: 15; *apud* García, 1998: 103).

Es decir, podemos observar como en la juventud los niños son capaces de ampliar sus límites literarios y nutrirse de ellos, evolucionando y creciendo junto lo que leen. Pero cabe destacar que esta idea es errónea, pues García (1998) defiende que esa idea de adaptarse únicamente a un tipo de edad sería lo mismo que marginarla de la auténtica literatura. “Volveríamos a aquellas épocas donde la imagen del receptor infantil y juvenil, asumida por el adulto, era causa fundamental de la marginación de la Literatura Infantil y Juvenil” (García, 1998: 103). Esta marginación vendría causada por la idea del adulto de buscar qué le gusta al joven o cuáles son las cualidades instructivas más favorables para el receptor, con el objetivo de aumentar su economía. Es decir, se considera que este público, situado entre los 12 y 16 años, es un gran consumidor de libros y al que lo que más le interesa es la temática que se trata en cada obra. Para ello se proponen unos temas que parecen interesantes a los jóvenes de hoy en día, con el objetivo de conseguir más ventas. A partir de esto aparece un temor sobre si esta categoría es únicamente comercial o también pretende agradar al lector.

Como podemos observar la relación del joven con la literatura es un tanto complicada. Requiere de un conocimiento previo y unas habilidades literarias mínimas para su comprensión y admiración. Estas ideas son las que debemos remarcar a los jóvenes para que así puedan tener una visión crítica acerca de lo que leen, pues ellos deben tener acceso a cualquier Literatura, tanto infantil como juvenil o incluso Literatura general. Todo ello requiere de una gran participación de los maestros o adultos pues son los intermediarios

entre el lector y la futura obra. De esta manera, podemos ver que aparece la figura del adulto en el proceso literario del niño, para así conseguir el desarrollo propuesto.

4.2.4. ¿Debemos contar al adulto como público de la Literatura infantil y juvenil?

Desde temprana edad los niños tienen libre acceso a libros, cuentos, álbumes ilustrados, entre otros, pero no cuentan con el conocimiento necesario sobre qué obras seleccionar para conseguir una lectura gratificante. No son conscientes del mensaje que cuentan y transmiten las historias. En ese instante aparece el adulto como intermediario. A los más pequeños los ayuda a interpretar la obra, leyéndola en voz alta y contándosela al pequeño y a los jóvenes los guía y los ayuda a la hora de elegir la obra adecuada a sus intereses y nivel.

Según Alvstad y Johnsen (2014) el adulto es considerado público y lector de las obras de Literatura infantil y juvenil. Aunque este tipo de literatura sea un resultado de un trabajo generado por adultos para niños, no son solo éstos últimos los receptores de dicha literatura. Podemos encontrarnos con adultos “que funcionan como mediadores entre los emisores adultos y los receptores niños” (Alvstad y Johnsen, 2014: 12). De esta manera, los autores Alvstad y Johnsen (2014) y Mínguez (2015) defienden que los adultos son los intermediarios entre las obras literarias y los lectores.

Los adultos, como mediadores, tienen un gran papel determinante, pues son los encargados de mostrar a los jóvenes la Literatura que esté al alcance de sus capacidades y posibilidades, con el objetivo de desarrollar emocional y psicológicamente al joven lector, pero considerando los diversos elementos lingüísticos y literarios necesarios para la comprensión de la obra. También debemos tener en cuenta “la influencia de la familia, la labor de la escuela, la renovada preocupación del profesorado, la carencia de esfuerzos institucionales en favor de la biblioteca escolar, entre otros” (García, 1998: 107-108), pues son elementos precisos en la relación del niño-joven y la literatura.

La narración es una de las formas más importantes en la unión del más pequeño con la literatura. Así pues, poco a poco se va desarrollando en los niños un interés por la lectura que con el tiempo irá aumentando. Los narradores “son los transmisores de la herencia social y ejercen gran influencia sobre la vida de los niños y por tanto sobre la sociedad” (López, 1990:73). En este caso, los narradores tienen un papel muy importante. Ellos “describen el mundo del niño y así dan forma y límite a su memoria y a su imaginación”

(López, 1990: 74). Destacando que esta última depende de cada niño, de sus experiencias y de su propia evolución. Por lo tanto, el adulto se convierte en un lector de obras categorizadas como Literatura infantil, ya sea de forma voluntaria o involuntaria.

4.2.5. ¿Debemos controlar lo que leen los niños?

Al pensar en literatura infantil lo primero que nos viene a la cabeza son los niños, lo cual conlleva a pensar en una clasificación que no es real, pues sabemos que “los niños muchas veces son capaces de entender mucho más de lo que creemos, [aunque] claramente también encontramos límites” (Alvstad y Johnsen, 2014: 12). Dependiendo de las competencias literarias adquiridas cualquier sujeto puede ser receptor de dichas obras. De esta manera, se pretende crear una literatura que englobe varios temas y presente un lenguaje variado, situándose al límite de la literatura para adultos, pues si se complicara más formaría parte de esta misma.

La literatura “infantil [es] no la que imita grotescamente en el mundo de los niños y adolescentes desde una perspectiva adulta sino la que se adecúa a una etapa del desarrollo humano sin renunciar a la universalidad de los temas” (López, 1990: 16). Es decir, podemos tratar cualquier tema en cualquier literatura, pero teniendo en cuenta cómo se cuentan estos temas. Para “las personas que seleccionan esos textos para el uso con los niños, (...) es posible la censura y el temor a utilizar determinado libro por la presencia de determinados estereotipos o prejuicios sociales” (López, Hernández y Jerez, 2017: 6).

Así pues, el López (1990) cree “que no hay temas infantiles y temas adultos sino una «distinta manera de contar»” (López, 1990: 18) que debemos aceptar e interiorizar para no crear ningún *tabú*. Mostrando a los niños el mundo tal y como es. Aunque reconocemos que “hay una serie de cuestiones delicadas como el sexo, la reproducción humana, la religión, el ateísmo, elementos racistas, elementos sexistas, las enfermedades, padres encarcelados, la muerte natural, el suicidio, la violencia, el abuso o el incesto” (Alvstad y Johnsen, 2014: 12). Son temas difíciles de explicar a los niños y, más aún, de hacer entender qué es adecuado y qué no lo es.

Con el cuento (...) se dominan los objetos creadores de temor, se nombran, se hacen domésticos, ridículos, familiares. Por ello, no es afortunado dar al niño los relatos (...) edulcorados (...). El niño necesita la incidencia de las situaciones violentas del cuento para su alivio. (López, 1990: 54)

Hoy en día, la selección del tema que sí se pueda tratar depende de cada cultura. Hemos evolucionado y vemos que ahora no se publica como literatura infantil lo que sí se publicaba hace décadas. Hace tiempo, en la Literatura Infantil se censuraban los temas relacionados con las clases altas, pero se trataban otros más bruscos y explícitos. Destacando que “diferentes sociedades esperan diferentes tipos de conocimientos de sus niños y jóvenes, y está claro que cultivan diferentes aspectos del desarrollo social, emocional y cognitivo de sus niños y jóvenes” (Alvstad y Johnsen, 2014: 13). Es decir, según el tema que se trate y la obra que se seleccione los niños y jóvenes desarrollarán más unos aspectos que otros.

En muchos casos los temas son los mismos que los de la literatura de adultos (el poder, el amor, la guerra, la injusticia...), pero difieren las características de los elementos narrativos, especialmente los personajes, que suelen identificarse con el público al que el libro va dirigido” (Kohan, 2003: 23)

Las personas evolucionamos con cada experiencia vivida, y si los lectores observan que otros también pueden vivir lo mismo que ellos conseguirán mayor seguridad, esa sensación de alivio y empatía al no verse solos. Por ejemplo, ante una historia que trate sobre enfermedades leves o crónicas, nacimiento de un nuevo miembro de la familia o muerte natural de algún ser querido, los niños pueden sentir empatía hacia los personajes. Sintiendo lo que el protagonista siente, las emociones brotan y más cuando las has vivido y/o sentido de cerca.

4.3. La literatura transmite emociones

“El cuento no obliga ni se impone. Brinda soluciones”

(López, 1990: 48)

Ante este tema nos aparecen dudas sobre si la literatura transmite emociones. Sin dudarlo sabemos que sí, que la Literatura Infantil y Juvenil puede enseñar muchas cosas como valores, lugares, culturas, emociones, etc. Así pues “aceptamos que ser lector incumbe a la propia experiencia y que la emoción se hace presente desde el momento en que se abre un libro” (Mata, J. 2010: 112; *apud* Sanjuán, 2011:95).

En el cuento todo es posible y todo lo pueden sus personajes, con los que el niño se identifica, en los que ve proyectada su propia historia e inconscientemente encuentra respuesta o sugerencias para lo que no entiende o le preocupa. (Kohan, 2003: 18)

Las emociones surgen en el momento que tenemos un libro en la mano y no sabemos qué clase de historia nos espera, pero cuando lo abrimos ya nos encontramos en la piel del protagonista, sintiendo lo que él siente y viviendo lo que él vive. Y la literatura nos proporciona tanto un refugio donde adentrarnos a vivir nuevas aventuras como consejos y/o ayuda para responder dudas. Sabiendo que “hay situaciones que hacen a los niños propensos a ciertas emociones, para ello se les puede enseñar a *reconocer y controlar estos sentimientos*” (Shapiro, 1997: 4). ¿Cómo? Adentrándose en las lecturas, viviendo las mismas experiencias y sintiendo sus mismos sentimientos los niños, junto con la inteligencia emocional (que comentaremos más adelante), conseguirán evolucionar y desarrollarse como personas, conociendo y comprendiendo sus emociones y las de los demás.

Así es como el niño vive y siente las emociones. Mediante la literatura. Entonces veremos nacer emociones en los pequeños que se irán trabajando hasta evolucionar como persona. Dicha evolución no es inmediata ni mucho menos, lleva años, ya que se lleva a cabo con el paso de las lecturas y la comprensión de nuevas emociones.

La literatura, como conjunto de historias, poemas, tradiciones, dramas, reflexiones, tragedias, pensamientos, relatos, comedias o farsas, hace posible la representación de nuestra identidad cultural a través del tiempo, registrando –al mismo tiempo– la interpretación que nuestra colectividad ha hecho del mundo, permitiéndonos conocer los progresos, las contradicciones, las percepciones, los sentimientos, los sufrimientos, las emociones o los gustos de la sociedad y de los hombres en las diferentes épocas. (Cerrillo, 2007: 20)

Es decir, la literatura mediante todas sus formas posibles ha conseguido y consigue representar la sociedad tal y como es, siendo transparente y mostrando todos sus defectos y virtudes, consiguiendo sobrepasar las barreras del tiempo. Entonces, debemos utilizar la literatura para aprender y empaparnos de todo lo vivido antiguamente, actualmente y de lo que nos queda por vivir. Este futuro es incierto y subjetivo pero muchos autores han propuesto diferentes futuros que desarrollan la imaginación de los más pequeños ampliando su imaginario.

Con ello destacamos “la capacidad de construir experiencia personal a partir de la experiencia simbolizada en el texto literario [la cual] es la principal fuente de satisfacción

para el lector” (Sanjuán, 2011: 94), imprescindible para el lector. De esta manera conseguimos que el niño sienta nuevas emociones

4.4. Las emociones en las personas

“Las cosas pequeñas pueden ser realmente importantes”

(Shapiro, 1997: 5)

Las emociones más básicas aparecen en las personas a los primeros meses de vida. Con el paso de los años estas emociones se van desarrollando y van apareciendo otras de nuevas y cada vez más complejas. Comenzamos con emociones simples como la alegría, el miedo y el enfado, y a medida que vamos creciendo estas se van desarrollando, ampliando y transformando junto con nosotros y nuestras experiencias en emociones más complejas.

Como bien sabemos existen dos tipos de emociones: las positivas y las negativas.

Las negativas nos tensan, obstaculizan el flujo de la energía, debilitan, entorpecen el funcionamiento de los órganos, dificultan la asimilación de ideas, interfieren en la transmisión de información de una célula a otra. Las positivas, por el contrario, nos relajan, liberan energía, refuerzan el sistema inmunológico, propician la transmisión de información entre células, permiten que fluya la energía, nos ponen más alertas y agudizan nuestra capacidad de aprendizaje” (Esquivel, 2015: 45).

Podemos definir las emociones como “un impulso que nos invita a actuar” (Esquivel, 2015: 11), o bien como “un estado mental que surge espontáneamente, es una sensación o estado afectivo que experimentamos, una reacción subjetiva al ambiente que viene acompañada de cambios orgánicos (fisiológicos y endocrinos) de origen innato, influidos por la experiencia. No es (...) consciente” (Guerra, 2016: 9). Es decir, ante determinadas situaciones nosotros actuamos de manera espontánea e innata que podemos observar de manera exteriorizada en nuestros gestos o secreciones, entre las que encontramos el sudor, la saliva, las lágrimas, el ceño fruncido, una sonrisa, entre otros. De esta manera, Guerra (2016) nos propone tres componentes básicos que podemos encontrar en las emociones: una situación, que servirá como foco de la emoción y que se nos guardará en la memoria; el estado de ánimo subjetivo; y un componente fisiológico que será secretado dependiendo de la emoción resuelta. Un ejemplo sería el momento en el que nos dan un susto o una sorpresa. A partir de aquí hay un momento de incertidumbre en el que no

sabemos cuál ha sido el origen y pretendemos hallarlo para descubrir si era algo positivo o negativo, para después seleccionar la emoción adecuada ante dicha situación.

Las emociones están ligadas a situaciones, ya sean vividas en el presente o en el pasado. Pero si nos centramos en el pasado podemos confirmar que todos nosotros “vivimos emocionados y pensando” (Esquivel, 2015: 10). Pensamos todo el tiempo. Nuestra cabeza recorre nuestra mente en busca de recuerdos, siendo este momento, uno de los más interesantes. Asociamos un recuerdo a una reacción (interna o externa), ya sea porque has oído algo que oliste en un momento concreto, has oído una canción que sonaba cuando eras joven o has visto a una persona que hacía mucho tiempo que no veías. Ante estas situaciones nos vienen a la mente unos recuerdos que nos hacen emocionarnos. Comprobando así lo que nos sugiere Esquivel (2015) sobre los recuerdos, los cuales están ligados a las emociones que nos provocaron en aquel instante.

Los recuerdos de tipo material pueden envejecer. Llegamos a gastar tanto las cartas que a veces se empiezan a deshacer en nuestras manos, pero las imágenes en nuestra mente, no. Ésas quedan intactas. Lo mismo que las emociones. Ahí están, tranquilas, al lado de nuestros recuerdos, dispuestas a ayudarnos a vivir nuevamente. Esperando la orden de ¡acción! Para llenar nuestro cuerpo de alegría. (Esquivel, 2015: 21)

Las personas piensan. Nosotros siempre pensamos y buscamos la manera de sentirnos felices recordando momentos del pasado, reviviéndolos en nuestra mente y provocando emociones en nuestro interior. Esas emociones están ligadas directamente a ese recuerdo, por lo que en el momento que pensemos en él aparecerá la emoción vivida en ese instante. Puede ser tanto positiva como negativa, dependiendo de la emoción sentida en el momento del recuerdo. Además, cabe destacar que las emociones también se ven afectadas por nuestro estado de ánimo, ya que si nuestro estado de ánimo es positivo la información recibida nos sienta de mejor manera que si nuestro estado de ánimo fuera negativo, aunque nuestra emoción resultada no tiene porqué ser negativa. En este último caso nos afecta directamente sobre lo que pensamos y éste a su vez afecta a la emoción que iba a ser producida. Por ejemplo, imagina que estás triste y piensas en que hace años tuviste una mascota o un amigo que te hacía sentir feliz jugando con él o ella. Aunque la sensación inicial debería haber sido de felicidad (como te sentías en el recuerdo), esta se ve distorsionada y afectada directamente por tu estado de ánimo, cambiando a otra emoción positiva o negativa como rabia, añoranza, felicidad, etc.

De esta manera, observamos que el origen de nuestras emociones no se encuentra en el mundo exterior, sino en nuestro interior, concretamente en nuestra manera de pensar. Podemos llegar a controlar nuestras emociones. ¿Cómo? Controlando nuestro cuerpo y nuestras reacciones conseguimos un alto poder sobre nuestras emociones. Por ejemplo, si te encuentras desanimado o estás triste tu posición corporal es gacha y débil, con los brazos a ambos lados del cuerpo. Pero si eres consciente y quieres cambiar debes colocarte en una postura alegre, con el cuerpo más estirado y sonriente. Esto se debe a que estamos engañando a la mente, haciéndole creer que, aun estando mal, nosotros estamos alegres.

Las formas de expresión exteriores como las expresiones faciales, la distancia social, las acciones y gestos y la comunicación no verbal, las controlamos nosotros. Aunque “por mucho tiempo hemos considerado equivocadamente que el pensamiento y la emoción eran cosas distintas, que podrían separarse” (Esquivel, 2015: 10), pero gracias a Esquivel (2015) podemos observar que ambas partes van unidas.

4.5. La importancia de las emociones

“Sin la implicación emocional del lector no hay interpretación”
(Sanjuán, 2011: 96)

Desde temprana edad, a los niños se les pide que gestionen sus emociones y aprendan a desarrollarlas en todo su entorno social, ya que, al ser conscientes, los niños pueden saber cómo se sienten, ayudando así “a disfrutar de las emociones agradables y a regular las desagradables, que a menudo pueden convertirse en una fuente de problemas” (Soldevila et al, 2007: 49). Para ello debemos tener en cuenta que:

Antes que ayudar al niño a regular la conducta o enseñar habilidades de interacción social, dotarle de estrategias para atender a su mundo emocional, aceptarlo, comprenderlo, poner nombre a las emociones que siente, describir las diferentes reacciones que produce una emoción (...) tanto en uno mismo como en los otros. (Soldevila et al, 2007: 49)

Es decir, no podemos pedirles que entiendan por qué se sienten así, por qué no deben tener tales reacciones o corregir su conducta, sino que debemos mostrarles lo normales que son estas emociones, proporcionarles un nombre para que sean más cercanas y enseñarles que también forman parte de nosotros como personas. Ya que, como hemos comentado antes, estas se encuentran en nuestra mente y “están implicadas directamente

en todos los aspectos de la vida del ser humano” (Guerri, 2016: 13). Así pues, las personas actuamos, pensamos y después expresamos alguna emoción. “Cada uno de estos tres elementos [pensar, actuar y expresar] influye en los otros dos y viceversa. De esta manera, todo lo que sentimos influye en lo que pensamos y en lo que hacemos” (Guerri, 2016: 13). Relacionando la mente con las acciones debemos tener en cuenta “que las emociones nos impulsan a actuar con respecto a otras personas o a nosotros mismos y que están relacionadas con el desarrollo de la personalidad” (Soldevila et al, 2007: 48) de cada persona. Tal que si ayudamos al desarrollo de las cualidades propias de los niños como la “persistencia, optimismo, automotivación y entusiasmo amistoso” (Shapiro, 1997:8) mejoraremos su inteligencia emocional.

“El término *inteligencia emocional* fue utilizado (...) para describir las cualidades emocionales que parecen tener importancia para el éxito” (Shapiro, 1997: 8). Por lo que cada una de las cualidades mencionadas por Shapiro (1997) forman parte de este concepto. Así pues, podemos definir la inteligencia emocional “como la habilidad de las personas para percibir, usar, comprender y manejar las emociones” (Soldevila et al, 2007:48), de tal manera que podamos tener la consciencia necesaria sobre qué emoción está viviendo cada persona y poder actuar en consecuencia. Además, conseguir “el sentimiento correcto, en el momento correcto y saber expresarlo” (Guerri, 2016: 19) es algo difícil de conseguir, pero necesario para nuestra evolución como personas, así como ser conscientes de que hay que educar a partir de competencias, en este caso, centrándonos en la social y la emocional. Ambas son necesarias para convertirnos en personas inclusivas, guiando, controlando y comprendiendo nuestras emociones y las ajenas. Una vez logrado dicho control, obtendremos el éxito.

Por consiguiente, aparece el papel de los maestros y su relación con las emociones de los niños. Lo más llamativo de tener un papel decisivo en la educación emocional de los niños es que estamos “cambiando literalmente la química de sus cerebros o, más exactamente, les estamos enseñando formas de controlar ellos mismos el funcionamiento de sus cerebros” (Shapiro, 1997: 5). Conociendo sus emociones, dándoles un nombre, desarrollándolas, para finalmente, saber cómo controlarlas. Pero no es este el único trabajo que debe conseguir el maestro, en su deber está el lograr que los niños sean inclusivos. Por lo tanto, “la educación debe contribuir a que cada individuo «llegue a ser quien es»” (Sanjuán, 2011: 97). De esta manera “el papel del profesor consistirá, más bien, en *escuchar* cómo los alumnos leen e interpretan esos textos para hacerles

reflexionar sobre los sentidos que han construido y hacerles avanzar desde unas lecturas emocionales o impresionistas” (Sanjuán, 2011: 95). Destacando que el maestro es una pieza muy importante en el desarrollo de la persona siendo la encargada de guiar al niño en su recorrido para llegar a ser quien es.

5. Conclusión

El concepto de Literatura Infantil y Juvenil ha evolucionado a lo largo de los años y se ha visto afectado por varias críticas, que volvieron vulnerable a la Literatura Juvenil, la cual decidió separarse de la Infantil. También varios aspectos (social, económico y cultural) consiguieron en ella algunas mejoras, de las cuales una de las más destacables fue pasar de tener unos objetivos didácticos a unos centrados en entretener. Así como, la implementación gradual en las presentes obras de temas universales, en los que se tratan diferentes aspectos que muestran una realidad cercana y verdadera para los más pequeños. Destacando la manera en la que se narran las historias.

De esta manera, se cuenta con un gran arsenal de libros con diferentes temas a tratar para un amplio rango de edad. Esta literatura engloba toda la etapa de la infancia y la adolescencia. Pero a causa de su gran comercialización aparece una falsa clasificación por edades, en el que según la edad que tengas te recomiendan un libro u otro. Utilizando esta clasificación únicamente como orientación. Y a la hora de seleccionar un libro no nos centraremos en las edades de los niños, sino en lo que realmente les interese, ya que de esta manera se consigue una mayor motivación, una mejor relación con los personajes y un desarrollo gradual en ellos.

Tal es así, que cualquier lector de cualquier edad tiene abiertas las puertas hacia esta literatura. Evitando exclusiones a futuros lectores independientes o influenciados por la familia, maestros..., en general, por los adultos. Los cuales tienen un papel decisivo en el correcto desarrollo de los niños y jóvenes, resaltando su intervención como mediadores entre ellos y las lecturas. Los adultos destacan por su papel como guías y narradores y consiguen crear una mayor unión de los niños y jóvenes por la literatura.

Ante dicha unión, aparecen las emociones que experimentan los lectores por la empatía que sienten hacia los protagonistas de las obras. Despertando en ellos recuerdos que, a su

vez, remueven en su interior emociones ya vividas y que se asemejan a las del recuerdo. Las emociones son reacciones a ciertos estímulos o situaciones y que pueden ser tanto positivas como negativas, viéndose afectadas por nuestro estado de ánimo. Estas emociones han estado siempre con nosotros, ya que desde recién nacidos utilizamos las emociones como medio de expresión y comunicación. De esta manera, se requiere un correcto control sobre ellas para sí poder desarrollar la inteligencia emocional de los niños y jóvenes, para que lleguen a ser personas inclusivas y a conseguir el éxito.

6. Referencias bibliográficas

Alvstad, C. y Johnsen, A. (2014). La traducción de la literatura infantil y juvenil. *Trans. Revista de traductología*, 18, 11-14. Recuperado de: <https://doi.org/10.24310/TRANS.2014.v0i18.3242>

Cerrillo, P. (2007). *La literatura infantil y juvenil y educación literaria. Hacia una nueva enseñanza de la literatura*. Barcelona: Octaedro.

Cerrillo, P. (2016). La importancia de la literatura infantil y juvenil en la educación literaria. En Díez Mediavila, A.; Brotons Rico, V.; Escandell Maestre, D. y Rovira Collado, J. (eds.) *Aprendizajes plurilingües y literarios. Nuevos enfoques didácticos* (pp. 32-41). Alicante: Universitat d'Alacant.

Esquivel, L. (2015). *El libro de las emociones*. México: Penguin Random House.

García, J. (1998). Vuelve la polémica: ¿existe la literatura... juvenil? *Revista interuniversitaria de formación del profesorado*, 31, 101-110. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=117970>

Guerri, M. (2016). *Inteligencia emocional: una guía útil para mejorar tu vida*. Madrid: Mestas ediciones.

Kohan, S. (2003). *Escribir para niños. Todas las claves para escribir lo que los niños quieren leer*. Barcelona: Alba.

López, R. (1990). *Introducción a la literatura infantil*. Murcia: Universidad de Murcia.

López, A.; Encabo, E. y Jerez, I. (2013). La literatura infantil como instrumento para la acción educativa y cultural. Reflexiones sobre su imposibilidad basadas en la sombra del adulto. *Educación XXI*, 16 (2), 247-264. DOI: 10.5944/educxx1.16.2.2642

López, A.; Hernández, L. y Jerez, I. (2017). El encabalgamiento escolar y cultural de la Literatura Infantil. *Álabe*, 16. DOI: 1015645/Alabe2017.16.1

Mínguez, X. (2015). Una definición altamente problemática: la literatura infantil y juvenil y sus ámbitos de estudio. *Lenguaje y textos*, 41, 95-105. Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/282878248_Una_definicion_altamente_problemativa_la_Literatura_infantil_y_juvenil_y_sus_ambitos_de_estudio

Sanjuán, M. (2011). De la experiencia de la lectura a la educación literaria. Análisis de los componentes emocionales de la lectura literaria en la infancia y la adolescencia. *OCNOS*, 7, 85-100. Recuperado de: https://doi.org/10.18239/ocnos_2011.07.07

Shapiro, L. (1997). *La inteligencia emocional en los niños*. México: Vergara Editor, S.A.

Soldevila, A; et al. (2007). Una propuesta de contenidos para desarrollar la conciencia y la regulación emocional en la Educación Primaria. *Cultura y educación*, 19 (1), 47-59. Recuperado de: <http://www.ub.edu/grop/wp-content/uploads/2014/03/Una-propuesta-de-contenidos-para-desarrollar-la-conciencia.pdf>